

EDUARDO CARRETERO Esculturas. Ateneo de Madrid

Hace ya más de veinte años que conozco a Eduardo Carretero. Aunque no sea más que por eso, quizá nadie esté más capacitado que yo para certificar la musculatura escultórica de ese hombre, que, sin embargo, es joven todavía. Lo que pasa es que es modesto, tal vez demasiado modesto. Eso es lo que le ha hecho abandonar un poco la tarea de exhibir con una cierta periodicidad su propia obra: se ha ocupado mucho más de su oficio que de su carrera. Pero, eso sí, el oficio no lo ha abandonado ni un solo día. De ahí que, ahora, cuando se ha decidido a exponer —algún amigo lo habrá comprometido a ello, porque él no lo hubiera hecho por su propio impulso—, se nos presente con esa seguridad magistral que es el sello de un escultor plenamente realizado.

Y es curioso: a pesar de todo el caudal de entrega y conocimiento a la forma escultórica de su siglo, en él se advierte como una reminiscencia, como una sugerencia no definitivamente vencida del legado clásico. Yo diría que es un escultor de la casta de Bourdelle y de Mestrovic, porque, por debajo de toda la liberalidad de su forma, se advierte como una gafa secreta, como una osamenta más o menos oculta, procedente de cariátides y plintos.

Tiene razón José Manuel Caballero Bonald en su bello prólogo al catálogo de la muestra: casi toda la obra escultórica de Carretero se caracteriza temáticamente por una especie de tendencia a la aglutinación, a la asociación unitiva de personajes distintos. Se diría que toda ella es como un canto a la solidaridad. Pero, desde el punto de vista puramente formal, ello significa un logro plenamente conseguido. En ningún caso se ofrece la masificación corporal sin legislación orgánica interna. No quiero decir que en ella estén los cuerpos puramente diferenciados: esa escultura no le debe a la figuración más que pautas iniciales para organizarse en forma. Pero cada forma tiene los ritmos y la coherencia inter-

na que requiere una estructura bien lograda.

Y, además, está la materia. Esa escultura, como la de aquellos maestros que cité antes al azar, cultiva el juego de las tactilidades contrastadas. Y eso también es escultura. Aquella frase de Alain sigue siendo válida: «Palpar ya es esculpir». ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

TEATRO

Ahora, en Vigo

Desde hace algún tiempo son muchas las ciudades españolas que se han planteado la necesidad de organizar semanas, festivales o ciclos dedicados a lo que, en términos un tanto estratégicos, se llama teatro independiente. El hecho es interesante, porque consigue centrar la atención de amplios sectores de la ciudad en manifestaciones teatrales, que de presentarse aisladamente, sin la resonancia de la concentración —y el consiguiente apoyo de los medios informativos—, se quedarían en el acto minoritario. Lo sintomático es que la organización de tales ciclos sigue en aumento, pese a las crecientes dificultades de todo tipo con que ha de enfrentarse el teatro independiente.

Ahora ha sido Vigo la que ha montado sus I Jornadas Teatrales. A la hora de programar los espectáculos, los organizadores se han encontrado con la crisis provocada por las dificultades a que acabamos de aludir. Salvando el «Cruel Ubris», de Els Joglars, la verdad es que la media docena de grupos que han dado tono y categoría al teatro independiente español durante los últimos años no tienen espectáculos acoplables a los objetivos de estas manifestaciones. En Vigo, el programa ha quedado prácticamente reducido a una representación de teatro infantil por Akelarre, de Bilbao, al nuevo y valioso Ballet Annexa, de San Sebastián, y a dos grupos locales: el Esperpento y el Cope, además de las con-

sabidas conferencias, a cargo esta vez de Lauro Olmo, Manuel Lorenzo, Gonzalo Pérez de Olaguer y el autor de este comentario.

Cada día, el auditorio de la Caja de Ahorros, donde se celebraban las Jornadas, ha reunido más público. Cada día han sido más ajustados los coloquios. Cada día, mayor la necesidad general de hacerse un planteamiento sobre la función del teatro en la vida social.

Por lo demás, fue muy significativo que uno de los grupos de Vigo, concretamente el Cope, presentara su programa compuesto por dos obras breves de Jordi Teixidor y Luis Matilla: el primero, como es sabido, autor de «El retablo del flautista», y el segundo, de «Una guerra en cada esquina», la obra recién estrenada en el Capsa, de Barcelona. Se trata, en definitiva, de dos jóvenes autores adscritos a ese grupo —ignorado o mal conocido a través de sus obras teatralmente más endebles y críticamente menos comprometidas— que trabaja con escasas compensaciones en la creación de un teatro ligado —pese a ciertas «lejanías» argumentales, puramente tácticas— a la vida española de nuestros días. La representación de «Un féretro para Arturo» y «El adiós del mariscal», que así se llaman, respectivamente, las obras de Teixidor y de Matilla, justifican ya la celebración de estas Jornadas, que han situado el tema del teatro entre los «grandes temas» de la ciudad y han puesto a los grupos en la exigencia de definir su próxima etapa y de ayudarse y trabajar dentro de unos objetivos comunes. ■ JOSE MONLEON.

CINE

¿Quiénes son los vividores?

Con el título de «Los vividores» se ha estrenado en España la última película de Robert Altman, la primera

de este realizador que tenemos oportunidad de conocer. Se anuncia para estreno inmediato su segunda realización «Brewster Mac Cloud» («Volar es para los pájaros»). Lo curioso del estreno de «McCabe and Mrs. Miller» («Los vividores») es que para su lanzamiento publicitario se ha hecho hincapié en que Altman es el director de «Mash», Gran Premio del Festival de Cannes en 1970, película inapelablemente prohibida por la censura española. ¿Cómo puede promocionarse un producto a partir de otro que el público no puede conocer? Estos son misterios de la distribución española, que ya repitió el mismo juego con motivo del estreno de «El bello monstruo», de Sergio Gobbi, anunciando que su protagonista, Helmut Berger, lo era también de «La caduta degli Dei», de Visconti.

Esta pequeña anécdota no hubiera tenido la menor importancia si efectivamente se hubiera estrenado en España la película rebautizada «Los vividores». Pero cualquier espectador mínimamente lúcido, al contemplar la versión que se proyecta por nuestros cines, llegará rápidamente a la deducción de que, o bien Robert Altman y cuantos trabajaron en su película son unos tontos de remate, o que algo hay en esta versión que no acaba de cuajar del todo. Es decir, o que la película carece de sentido o de grandes trozos que le darían su auténtico significado. La hora y media de proyección es un continuo «suspense»: nunca se sabe qué tipo de montaje va a tener la secuencia siguiente, no se consigue prever jamás en qué momento puede desaparecer la escena que se está viendo, nunca se llega a saber del todo si el diálogo que uno se ve obligado a ir inventándose sobre la marcha tiene realmente algo que ver con el original.

Cuando finalmente se sale de la sala de proyección y se comprueba una vez más que el fragmento exhibido se ha rebautizado como «Los vividores» (título cuya relación con la película es todo un enigma), uno piensa que, por fin, los distribuidores y exhibidores han descubierto el humor y han decidido darle pistas al espectador para que

comprenda por qué a pesar de todo se ha estrenado esta «película» entre nosotros.

Obvio es señalar que cualquier crítica a esta versión no supondría más que continuar el divertimento. A pesar de todo hay muchos críticos españoles que han dicho que la película es buena o es mala, que es confusa o que es clarísima como agua de mayo. Todo esto sigue siendo también misterio infranqueable. ■ DIEGO GALAN.

Valladolid, año XVII: Una Semana «cuesta abajo» (y II)

Terminaba mi primera crónica hablando del tono mediocre de la programación de la XVII Semana de Valladolid y de cómo dos películas («Les deux anglaises et le continent», de Truffaut, y «Réendez-vous à Bray», de Delvaux) destacaban ampliamente sobre el resto. En este balance final del certamen habría que añadir tres films más («Joe Hill», de Bo Widerberg; «Paisaje después de la batalla», de Andrzej Wajda, y «Talking-off», de Milos Forman) a los ya citados. Al mismo tiempo que rectificar nuestra consideración provisional de que este año no se había presentado «material de desecho». La segunda parte de la Semana, con películas como la egipcia «La hermana del profeta», la española «Preludio a España», la inglesa «Z. P. G.», la italiana «Permette?», Rocco Papaleo, o intentos fallidos tipo «Pedro So» (Portugal) o «Tierra del silencio y de la oscuridad» (Alemania), aconsejan endurecer el juicio global que había merecido el festival hasta su mitad.

Festival extrañamente programado éste; además, con un gráfico de interés descendente en sus proyecciones, estructurado «cuesta abajo» en vez de «cuesta arriba» como es habitual. Valladolid había buscado en anteriores ediciones concentrar en los últimos días aquel material que ofreciera un mayor interés previo, entre otras cosas porque así permitía al crítico o cinéfilo madrileño que sólo podía disponer